

HISTÓRICAS

ENERO-ABRIL 2006



BOLETÍN
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
UNAM

75

Alicia Mayer
Directora

Miguel Meléndez
Departamento de Cómputo

Alfredo Ávila
Secretario académico

Cristina Camacho de la Torre
Secretaria técnica

Javier Manríquez
Departamento Editorial

Virginia Medina
Secretaria administrativa

Esther Arnaiz Amigo
Coordinadora de biblioteca

Ramón Luna Soto
Asesor editorial

Investigadores

Claudia Agostoni, Berenice Alcántara Rojas, Alfredo Ávila, Tiziana Bertaccini, Johanna Broda, Rosa de Lourdes Camelo, Víctor M. Castillo Farreras, Felipe Castro, José E. Covarrubias, Rodrigo Díaz Maldonado, Iván Escamilla González, María José García Quintana, Amaya Garritz, Virginia Guedea, Patrick Johansson K., Ana Carolina Ibarra, Miguel León-Portilla, Janet Long Towell, Teresa Lozano, Leonor Ludlow, Pilar Martínez López-Cano, Carlos Martínez Marín, Álvaro Matute, Alicia Mayer, Ivonne Mijares Ramírez, José Luis Mirafuentes, Sergio Miranda Pacheco, Josefina Muriel, Federico Navarete, Sergio Ortega Noriega, Guilhem Olivier, Patricia Osante, Miguel Pastrana, Enrique Plasencia, Ignacio del Río, J. Rubén Romero Galván, Javier Sanchiz, Elisa Speckman, Marcela Terrazas, Ernesto de la Torre Villar, Jorge E. Traslosheros Hernández, Evelia Trejo, Carmen Vázquez M., Silvestre Villegas Revueltas, Gisela von Wobeser, Carmen Yuste

Técnicos académicos

Rosalba Alcaraz Cienfuegos, Esther Arnaiz Amigo, Fernando Betancourt M., Cristina Carbó, Katia M. Cortés Rosalba Cruz, Alfredo Domínguez Pérez, Carmen Fragano, Alonso González Cano, Miriam Izquierdo, Roselia López Soria, Javier Manríquez, Miguel Meléndez, María Teresa Mondragón Reyes, Salvador Reyes Equiguas, María Luisa Reyes Pozos, Ricardo Sánchez Flores, Juan Domingo Vidargas del Moral

HISTÓRICAS

Alicia Mayer
Directora

Miguel Pastrana
Editor

Rosalba Alcaraz
Secretaria de redacción

Comité editorial
Johanna Broda
Rosa de Lourdes Camelo
Janet Long Towell
Teresa Lozano
Carlos Martínez Marín
Álvaro Matute
José Luis Mirafuentes
Elisa Speckman
Ernesto de la Torre Villar

Portada e ilustraciones: *Elementos tipográficos del siglo XVIII*, México, Archivo General de la Nación, 1981 (Serie de Información Gráfica). Para cualquier asunto relacionado con *Históricas*, favor de dirigirse a: Dra. Alicia Mayer/ Dr. Miguel Pastrana, Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito Maestro Mario de la Cueva, Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F. Teléfono y fax: 5665-0070. Página electrónica <www.unam.mx/iih/>. Composición electrónica: Sigma Servicios Editoriales, en tipo Goudy O1St BT de 11:12, 10:11 y 9:10. Impresión: Hemes Impresores. Tiraje: 500 ejemplares. Portada: Carmen Fragano Ríos. Edición al cuidado de Rosalba Alcaraz.

HISTÓRICAS 75

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM. ENERO-ABRIL 2006. ISSN 0187-182X

CONTENIDO

ENSAYOS

- Un caso digno
Ernesto de la Torre Villar 2

PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN

- Lorenzo Boturini, su obra guadalupana inédita
Iván Escamilla González 7

- El Partido Revolucionario Institucional ante el reto político
de las clases medias mexicanas (1964-1976)
Tiziana Bertaccini 14

EVENTOS ACADÉMICOS

- Jornadas Académicas 2006 23

- Vivir la historia. Remembranza del homenaje
a Miguel León-Portilla
Salvador Reyes Equiguas 25

- Una vida, muchas historias. Homenaje al doctor
Ernesto de la Torre Villar, investigador emérito 27

NOTICIAS

- Premios y distinciones* 29

PUBLICACIONES

- Novedades editoriales* 30
Reediciones 31
Publicaciones periódicas 32

○ ENSAYOS

Un caso digno

Ernesto de la Torre Villar

De vez en vez, movido por un aliento especial, fruto del afecto y de la necesidad de un ejemplo vital, suelo visitar a maestros amigos que están retirados, que reflexionan, meditan, recuerdan viejos empeños y hacen leal y sentido resumen de la vida pasada. Visitar a los viejos, a los ancianos reporta serenidad y sabiduría, acrecienta la gratitud y el amor.

De cuando en cuando hago esas visitas de las que salgo satisfecho y gratificado, con más aliento y satisfacción. Ahora reseño la impresión obtenida de dos encuentros con seres extraordinarios, por haber cultivado el saber y la amistad con sus condiscípulos y amigos.

Guy Stresser-Péan

En su espaciosa y bien distribuida casa en las Lomas de Chapultepec, visito a Guy Stresser-Péan, dentro de la cordialidad y la cortesía francesas. Rodeado de bello jardín que siempre acostumbró y de cientos de libros que aprovechó sobradamente, Guy vive apoyado en la dulce pero férrea atención de su esposa Claude, y goza muy justamente de ver bajo su mesa de trabajo obras maestras salidas de su pluma: dos preciosos volúmenes —muestra de sus afanes arqueológicos en el área de Tantoc, en Tamaulipas, territorio que ocupó sus apetencias largos años— y una extraordinaria joya resumen su saber en torno a las culturas prehispánicas, en la que sobresale su interés por la Huasteca, engarzado en otros intereses más claros y vastos que surgen del proceso no sólo espiritual y cultural, sino total, pues toca las raíces de amplia y recia sociedad. *Le Dieu-Soleil* —la mencionada joya— representa la vida entera de investigación, no sólo libresco sino de sufrido trabajo de campo en regiones difíciles, abruptas, alejadas y duras por su naturaleza y sus hombres. Enorme paciencia y resistencia ante los obstáculos naturales que la región Huasteca ofrece; urgencia de conocer los medios necesarios para comprenderse con los otros, entender sus costumbres, su modo de ser; inteligencia en la investigación; saber recoger con atingencia y prudencia la información dispersa; conocer y manejar con certeza las fuentes —libros y documentos que dan con esfuerzo la información—; constancia para recoger ese conocimiento de los

demás, son muchas las condiciones que se necesitan para captar la confianza del informante, para convencerlo de declarar su verdad, otorgar a un extraño lo que los estudiosos conservan en su corazón y su saber. Este último libro concentra largos años de estudio, de reflexión, de peregrinar. Tal vez sea la ópera magna de nuestro sabio amigo.

Guy Stresser-Péan consagró su vida a entender a los huastecos. Hace más de cincuenta años vino a México a explorar el campo que le cautivó y atrajo. En su estudio perseveró y, con el consejo indiscutible de Paul Rivet y otros sabios de los institutos sobresalientes de Francia, acrecentó su saber. Enviado, dados sus indiscutibles conocimientos y aptitudes, volvió con la Misión Arqueológica Francesa a México, a sus tierras de estudio, y así ha podido finalizar sus hondos ensayos acerca de “El Volador” y otras ceremonias propias de la región.

Encargado de las labores de la Misión Arqueológica, Stresser-Péan dirigió, apoyado en serio equipo, expediciones y trabajos; en el campo, él y su equipo hallaron preciosos y numerosos vestigios arqueológicos que conservaron, restauraron y estudiaron y que son tesoros inapreciables de esa cultura. Algunos puntos importantes, como Tantoc, atrajeron su atención, y su labor en ese sitio y otros ha sido provechosa y útil para la elaboración de las cartas de la cultura prehispánica. En abrupta región de la Sierra de Puebla encontró y estudió el *Códice de Xicotepéc*, que fue publicado con severo estudio.

Stresser-Péan no es un “*scolar*” rutinario y fantasioso, sino sabio, serio y altamente responsable de su trabajo, apoyado en el estudio de numerosas fuentes, en la exploración prudente y cautelosa de los sitios, así como de las comunidades humanas. Desciende de familia distinguida en la ciencia. Entre sus ancestros se encuentra el afamado doctor Péan, médico en las facultades francesas y creador de las famosas pinzas de Péan tan utilizadas en la cirugía. De extracción alsaciana, con ligas en el Poitou, su familia poseyó en Poitiers bello y antiguo castillo rodeado de inmenso jardín cercado de preciosos viñedos, y en el cual encauzaban los senderos cientos de tumbas medievales, pétreas, y algunas aún con nombres y escudos visigóticos.

En París, en modesto apartamento en la Rue de Rennes, vivía con su madre y sus libros. Madame Stresser-Péan fue señora enérgica, inteligente, activísima y muy destacada por sus virtudes en la sociedad francesa, lo cual ella apreciaba muchísimo. A sus sesenta años recorría las calles de París en bicicleta recia y útil, como su dueña.

Conocí a madre e hijo en París, cuando gocé de una beca del gobierno francés. Como historiador, Guy visitaba museos y galerías. El Museo del Hombre, por entonces el más rico, bien organizado y centro auténtico de difusión del saber y la investigación antropológica en su amplio sentido, era el centro de atracción de los maestros y estudiantes que visitábamos París. Ahí, conducido por uno de sus miembros, del museo entablé relación con él. Sabía de su

presencia en México y la calidad de sus estudios, y el trato que teníamos con otros estudiosos —Robert Ricard y Marcel Bataillon, entre otros— fortaleció la amistad y el afecto. Invitaciones esporádicas a su hogar, que se convirtieron en reuniones espirituales para comer y conversar, enriquecidas con la presencia de *Madame Mere*, afianzaron la amistad que se trasladó a mi esposa que se convirtió casi en hija adoptiva de Madame Stresser-Péan.

Mi permanencia en París se prolongó, Guy volvió a México para trabajar nuevamente en la Huasteca. Para movilizarse adquirió un *jeep* de los desechos de la guerra que terminaba. Ese maravilloso vehículo pasó luego a mis manos y benefició a toda la familia. Con él hicimos viajes y recorridos espectaculares por los campos de México. Desde entonces, nuestra amistad no se ha truncado. Trabajamos en temas a veces lejanos, otras veces unidos por intereses científicos. Hoy Stresser-Péan advierte con increíble alegría interna que a veces se vuelca en palabras llenas de satisfacción, lograda con honradez intelectual y humana y la cual certifica los esfuerzos hechos, valerosos y recios.

Explorando la vastedad de la tierra Huasteca, Stresser-Péan topó con San Antonio, sitio extraordinario acerca del cual redactó copiosa e interesante monografía, llena de sugerentes atisbos y de profusas informaciones. San Antonio Nogalar queda como estudio ejemplar y pieza fundamental en el conocimiento de la cultura huasteca.

A sus noventa y cuatro años, su físico —que nunca fue imponente— se mueve con discreción y prudencia. Su mente es clara, precisa, congruente. Satisface ver en este ser, metido ya en el ocaso de los años, a un sabio que empleó su vida en el estudio, en el cultivo de sus libros y documentos, en un trabajo preciso, continuo y eficaz. Stresser-Péan ha sido uno de los sabios antropólogos que con más seriedad ha comprendido la riqueza espiritual de México, y a exaltarla, a valorarla, dedicó intensa vida, llena de esfuerzos y satisfacciones. Al conversar con él, viendo con qué alegría me mostraba sus libros, los más queridos y deseados, he podido comprender cómo el saber, impulsado por fuerzas espirituales y morales, se encierra en seres excepcionales que viven del goce de haber cumplido con la misión que la vida les otorgó.

Silvio Zavala

Otro hombre semejante, casi igual en años, pero dotado de la voluntad y el vigor que mente excepcional proporciona, es don Silvio Zavala Vallado. La península yucateca cobijó a su familia que, trasladada a México, permitió a Silvio hacer seria carrera de abogado. Conoció a Eduardo Pallares, pero Narciso Bassols lo deslumbró por su inteligencia y saber. Graduado, aspiró a ampliar su saber en latitudes diferentes, con maestros y métodos distintos. Una beca española le permitió estudiar en universidades europeas, y en España

conoció y se amparó bajo la dirección de Rafael Altamira, el institucionalista más severo y calificado de entonces. A su vera trabajó en su disertación primera: *Los intereses particulares en la Conquista de América*. Luego, dentro de la severidad, un tanto dirigida por Altamira y otros maestros bien calificados, emprendería *La encomienda indiana y las instituciones en la América española*. En el Centro de Estudios Históricos de Madrid prosiguió su labor, enfocándose hacia el estudio del saber filosófico, jurídico y teológico que se desarrollaba sobre los años de la conquista y dominación. El campo institucional fue el que atrajo a Zavala. La guerra española lo hizo volver a México, en donde encontró acomodo en la secretaría del Museo Nacional, al lado de don Luis Castillo Ledón. Creado por la inmensa visión cultural de Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas El Colegio de México, Zavala fue encargado de conducir su sección de historia, en el llamado Centro de Estudios Históricos, fundado en 1941 con seis valientes estudiantes que veíamos las inmensas perspectivas que nos sacaban de las pobres expectativas que teníamos siendo litigantes en tribunales y oficinas burocráticas. El centro se desarrolló con fortuna y ha sido el núcleo formador de historiadores, sociólogos y lingüistas dotados de excelentes métodos de trabajo, destacados maestros y bien nutridas bibliotecas.

Para dirigir el Museo Nacional de Historia se convocó a Zavala y durante algunos años transformó ese sitio en centro vivo de investigación y transformación institucional. Llamado por la diplomacia, don Silvio presidió la Embajada de México ante la UNESCO y también ante el Gobierno de la República Francesa. De vuelta a la patria, fue nombrado presidente de El Colegio de México, que guió con lúcida prudencia. Otros puestos honorarios y bien atendidos desempeñó en la vida institucional y cultural de México como miembro de El Colegio Nacional y de las Academias de la Lengua y de la Historia.

El paso del tiempo y el paso de los años llevó a don Silvio a seguir laborando apoyando las causas útiles y el mundo de la cultura y a meditar sobre la obra realizada. Amplia es la producción histórica de don Silvio, quien se volcó al estudio de las instituciones culturales de Hispanoamérica. Desde su puesto de presidente de la Comisión de Historia y auxiliado por historiadores eminentes, como Ricardo Levene, Ricardo Caillet Bois, Ricardo Donoso, Eugenio Pereira Salas, Daniel Valcárcel, Fernando Ortiz, Mariano Picón Salas, Guillermo Lohmann Villena, Max Savalle, Alfred Whitaker, Howard Cline y otros muchos, formó una comunidad de historiadores excepcional en los ámbitos culturales de Hispanoamérica.

Don Silvio, quien aparece en nuestra historiografía como inteligente seguidor de Carlos Pereyra en su afán de salirse de las fronteras patrias para comprender mejor la historia totalizadora, puso inteligentemente sus ojos en la historia universal, en el anchuroso mundo hispanoamericano. Uno de sus proyectos más salientes consistió en recoger, bajo firme programa, los estudios más prominentes sobre el mundo americano. Así reunió en torno a su proyec-

to al más selecto grupo de historiadores americanos, desde el lejano Canadá hasta el Río de la Plata; los historiadores más sabios y agudos produjeron preciosos y válidos estudios, portadores de recio conocimiento acerca de sus naciones y de problemas o fases históricas peculiares de una zona cultural determinada. Invitados a participar en esta magna empresa que requirió talento y tiempo, estuvieron historiadores distinguidos como Charles Verlinden. Bajo esta idea aparecieron breves pero recios fascículos que luego de ser estudiados y resumidos dieron lugar a coordinaciones generales relativas a los periodos indígena, colonial y nacional que elaboraron historiadores destacados como Pedro Armillas, Max Savelle, Charles C. Griffin y el propio Silvio Zavala, los cuales encierran no un conocimiento ni experiencia aislada sino un concierto actual, organizado bajo un plan rector y un conocimiento vasto.

Los años dedicados por el doctor Zavala a la Comisión de Historia fueron de intensa labor académica que nos ha dejado obras perdurables. Poco más tarde don Silvio retomó el proyecto y realizó esfuerzos notables por su concisión e información que sirve aún a amplias generaciones interesadas en el desarrollo historiográfico de la historia americana.

Débase a don Silvio la creación y orientación dada a la *Revista de Historia de América*, la cual durante más de veinte años estuvo a la vanguardia de la producción histórica americanista.

Hoy, consciente, no pesimista ni amargado, rememora largos años de esfuerzo, los esfuerzos logrados y los que todavía está por hacer en el campo de la investigación histórica americana.

Imposibilitado de moverse, conserva la mente lúcida y constructiva y, pese a estar, como él dice, “viejo y estropeado”, aún mantiene su dignidad académica y sus visiones acertadas de la historia.

En su casa de Montes Alpes, una de las casas del patrimonio familiar, sentado en un sillón, bien pertrechado contra el sol y de cara a un ventanal que mira al jardín, don Silvio, fiel al ideal de sus grandes antecesores como José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra, vislumbra el desarrollo patrio y no es pesimista ante su imagen. Vive en ocaso plácido y tranquilo. Le complace que lo visiten y le muestren aún humildes resultados de la voluntad y de la inteligencia. Ve a través de su ventanal cómo la vida pasa, pero el hombre se esfuerza por hacer mejor su presencia en nuestro mundo. □

○ PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN

Lorenzo Boturini, su obra guadalupana inédita

Iván Escamilla González

El único fin de la Historia es la verdad, sin la cual enmudecen inconsultas las obras de los varones eximios, se perturba el magisterio de la vida, se malentienden los tiempos y las acciones, se incurre en la falsedad y niegan los maliciosos e incautos la fe debida a los escritores.

LORENZO BOTURINI, *Margarita mexicana*, ca. 1740

El historiador de Nuestra Señora de Guadalupe

En el año 2002 la canonización de Juan Diego Cuauhtlatoatzin por el papa Juan Pablo II sacó a la luz el enorme interés por los temas guadalupanos existente entre un amplio público de México y el extranjero. Mucha atención consiguieron entonces los diversos debates en torno a la historicidad del célebre vidente indígena sostenidos entre partidarios y opositores de la canonización en publicaciones especializadas, prensa y medios electrónicos, que parecieron resucitar por un momento —en lo bueno y lo malo— los acres enfrentamientos intelectuales protagonizados por aparicionistas y antiaparicionistas durante el siglo XIX y los comienzos del XX. Más allá de la polémica sobre Juan Diego y sus profundas implicaciones religiosas y políticas, lo ocurrido entonces dejó de manifiesto que el fenómeno gigantesco del guadalupanismo mexicano estará siempre abierto a la revisión y reinterpretación de los críticos e historiadores; no ha sido de otra manera desde que en 1648 el presbítero Miguel Sánchez publicara su *Imagen de la virgen María Madre de Dios de Guadalupe*.

Ejemplo de lo anterior es la figura del erudito italiano Lorenzo Boturini Benaduci (¿1698?-1755), señor de la Torre y de Honoy y caballero del Sacro Romano Imperio. Boturini, quien desde su llegada a la Nueva España en 1736 y hasta su muerte se dedicara al estudio de las antigüedades mexicanas, ha gozado en nuestra historiografía de fama casi universal. Paradójicamente, en el aura casi heroica que por años lo rodeó poco tenían que ver en realidad sus propios logros como investigador. Para los intelectuales liberales y conservadores del siglo XIX Boturini fue, más que un historiador, un mártir de la nacionalidad y una víctima más de la dominación colonial española. De acuerdo con esta interpretación el virrey conde de Fuencalra, no pudiendo

sufrir que el estudioso intentara con sospechosa diligencia reunir los dispersos *monumenta* de nuestra historia antigua y glorificar a la virgen tutelar de los mexicanos, habría decretado en 1743 en un acto de supremo despotismo su prisión y destierro, y la confiscación de su preciosa colección de códices y manuscritos indígenas, el célebre *Museo histórico indiano*.

Fue necesario esperar a la aparición durante la primera mitad del siglo xx de los trabajos pioneros del argentino José Torre Revello, el español Manuel Ballesteros Gaibrois y el mexicano Rafael García Granados,¹ entre otros, para que la bruma del mito boturiniense comenzara a despejarse e iniciara la revaloración y el estudio sistemático de los escritos del desdichado sabio, especialmente de su *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional* (1746) y su *Cronología* (1747-1749), única parte que llegó a concluir del ambicioso proyecto historiográfico esbozado en la *Idea*. Esta tendencia moderna culminó con la publicación de los estudios sobre Boturini de Miguel León-Portilla (1974)² y Álvaro Matute (1976),³ quienes en un doble y armónico esfuerzo reivindicaron eficazmente al erudito dieciochesco como investigador y compilador de fuentes documentales del mundo prehispánico, y como seguidor y difusor en el ámbito hispánico de la filosofía de la historia del jurista napolitano Giambattista Vico.

Sorprendentemente, y a pesar de estos grandes logros, en la investigación moderna sobre Boturini ha estado casi ausente nada menos que el afán que lo condujo a fijar su residencia en México y que fue el origen de sus investigaciones sobre el mundo prehispánico: su propósito, siempre manifiesto y nunca abandonado, de escribir una historia de las apariciones del Tepeyac; no en balde a lo largo de sus andanzas por la Nueva España, y aún después de su prisión, blasonó siempre el título —autoasumido o no es algo que está por verse— de “Historiador de Nuestra Señora de Guadalupe”. Sin embargo, las menciones a su guadalupanismo se reducen al inicial impulso devoto que lo convirtió en gran coleccionista de manuscritos y códices, y al fracasado intento de coronación de la imagen de la virgen que le costara la prisión. En cambio, acerca de su obra sobre este tema se afirma que jamás fue escrita, o que los pocos apuntes que llegó a pergeñar sobre la materia terminaron subsumidos en sus trabajos sobre las culturas mesoamericanas.⁴

¹ Por ejemplo, José Torre Revello, “El caballero Lorenzo Boturini Benaduci y el manuscrito del tomo 1 de su inédita Historia general de la América septentrional”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Buenos Aires, año LXII, v. 16, 1933, n. 55-57; Manuel Ballesteros Gaibrois, “Los papeles de don Lorenzo Boturini Benaduci”, en *Documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, 1947, v. v; Rafael García Granados, “Acerca de una inscripción de la Academia de la Historia”, en *Filias y fobias*, México, Polis, 1937.

² “Estudio preliminar”, en L. Boturini, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, México, Porrúa, 1986 [1974], p. IX-LXXII, citado en adelante como Boturini, *Idea*.

³ Álvaro Matute, *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976.

⁴ *Ibidem*, p. 18-19.

Hace algunos años, al aproximarme por primera vez a Boturini con motivo de un trabajo sobre el papel de los debates en torno a la historicidad del milagro guadalupano en la conformación de la conciencia ilustrada mexicana,⁵ me llamaban ya la atención un par de hechos: en primer lugar la constatación, en contra de las afirmaciones arriba reseñadas, de la existencia de un fragmento inédito de cierta extensión de su obra guadalupana en nuestra Biblioteca Nacional, lo que apuntaba a la interesante posibilidad de que existiesen otros en repositorios documentales o bibliográficos de México o el extranjero, como he tenido ocasión posteriormente de comprobar. Por otro lado, me intrigaba que el propio Boturini, al hablar en distintas oportunidades de su búsqueda de documentos de la tradición guadalupana y de las antiguas culturas indígenas, insistiera en mostrarse como una especie de cruzado solitario echado a la incomodidad y peligros de los caminos, sin importar costo ni sacrificios, y sostenido únicamente por su tenacidad y su fe en la virgen.⁶ Semejante pintura romántica ha sido dada por buena por sus biógrafos, sin que hasta ahora prácticamente nadie haya mostrado extrañeza, por ejemplo, de que un hombre solo y tan desprovisto de medios hubiera podido hacerse de un acervo de las dimensiones y riqueza de su *Museo histórico*, que pese a una catastrófica historia de dispersión, mutilaciones y pérdidas continúa proporcionando mucho trabajo a historiadores, arqueólogos y antropólogos.⁷

Al tener ahora ocasión, gracias al Instituto de Investigaciones Históricas, de retomar mi interés en Lorenzo Boturini, he emprendido un proyecto para recobrar y publicar lo mucho que resta de la obra inédita guadalupana del sabio italiano, cuyo desconocimiento nos impide aún formar un juicio completo acerca de su personalidad y de su trabajo como historiador. Paralelamente, pretendo llevar a cabo una revisión total de la empresa guadalupana de Boturini, que ayude a interpretar a la luz de nuevos indicios y documentos la relevancia de su aporte a la cultura novohispana del siglo XVIII y al surgimiento en ese mismo periodo de una embrionaria identidad nacional mexicana. A continuación me referiré con más detalle a cada uno de estos objetivos.

Los manuscritos guadalupanos de Boturini

La accidentada vida de Boturini tras su prisión y destierro a España le impidió dar remate a sus más importantes proyectos, luego a Madrid en precarias

⁵ Iván Escamilla González, "Maquinas troyanas: el guadalupanismo y la Ilustración novohispana", *Relaciones. Estudios de historia y sociología*, v. XXI, p. 32, 2000, p. 119-232.

⁶ Por ejemplo, en la dedicatoria a Felipe V de su *Idea de una de una nueva historia de la América Septentrional*, Madrid, 3 de febrero de 1745, en Lorenzo Boturini, *Idea*, p. 5.

⁷ Para una idea aproximada de su riqueza, véanse el "Catálogo del Museo Histórico Indiano", hecho por el propio Boturini, *Idea*, p. 113-151, y los distintos inventarios de su documentación confiscada levantados por las autoridades.

⁸ Pueden consultarse los apuntamientos de Ramírez sobre Boturini (publicados por primera vez

condiciones, y envuelto después en los tejemanejes ministeriales de los gobiernos de Felipe V y Fernando VI, sólo pudo concluir su *Idea de una nueva historia*, prospecto deslumbrante de la colosal obra sobre el México prehispánico que hubiera podido escribir de habersele, como él decía, “proporcionado ocasión” para ello. Del mismo modo hubo de quedar en suspenso su proyecto de una historia guadalupana, para la cual ya tenía no solamente reunidos muchos materiales documentales, sino también escritos una gran cantidad de apuntes y hasta los borradores de los primeros capítulos de al menos dos versiones de su texto.

La existencia de estos fragmentos no es enteramente desconocida. El mérito de su descubrimiento corresponde a don José Fernando Ramírez, quien en sus adiciones a la *Biblioteca hispanoamericana septentrional* de José Mariano Beristáin (1868)⁸ registró dos manuscritos que identificó por medio de las correspondientes menciones que de ellos hiciera el propio Boturini en el catálogo de su colección documental, anexo a su *Idea* de 1746. Perdido el rastro de ambos, una copia del primero de ellos, el llamado “Prólogo galeato” de la *Margarita mexicana*, fue localizada en la Biblioteca Nacional de México hace poco más de veinte años y descrito por Margarita Moreno,⁹ y actualmente se halla en la sección de Manuscritos del Fondo Reservado. Titulado *Margarita Mexicana, id est, de Apparitioni Virginis Guadalupensis Ioanni Didaco...*, forma parte de un volumen misceláneo titulado *Papeles curiosos de historia de Yndias*¹⁰ que perteneciera a la colección del historiador poblano y discípulo de Boturini, Mariano Fernández de Echeverría y Veytia. Es una copia en limpio en cuarenta fojas, escrita con pulcra caligrafía y en un latín elegante. Se trata esencialmente de una defensa de la historiografía indígena como fuente para la comprobación histórica de la tradición de Guadalupe; por desgracia, el manuscrito se trunca antes de cumplirse el programa expuesto en el índice colocado al comienzo.

en 1898), en José Mariano Beristáin de Souza, *Biblioteca hispanoamericana septentrional*, México, Fuente Cultural, 1947, v. 1, p. 282-286.

⁹ Margarita Moreno Bonett, *Nacionalismo novohispano. Mariano Veytia. Historia antigua, Fundación de Puebla, guadalupanismo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1983, p. 234 y s. Miguel León-Portilla, en su mencionado estudio sobre Boturini, también había dado noticia de una copia de este texto en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, sin especificar si había podido consultarla: véase Miguel León-Portilla, “Estudio preliminar”, en L. Boturini, *Idea*, p. LIX-LX. Por su parte, quien esto escribe tuvo conocimiento de manera independiente de la copia existente en la Biblioteca Nacional de México: véase Iván Escamilla González, *op. cit.*, p. 214-216, en donde hice un análisis preliminar del texto de Boturini.

¹⁰ “Laurentii Botturini de Benaducis Sacri Romani Imperi Equitis Domini de Turre et Hono cum pertinentiis Margarita Mexicana, id est, de Apparitioni Virginis Guadalupensis Ioanni Didaco, ejusque avunculo Ioanni Bernardino, necnon alteri Ioanni Bernardino regiorum tributorum exactori acuratius expensas tutius propugnatae sub auspitiis”, en *Papeles curiosos de historia de Yndias*, Biblioteca Nacional de México, ms. 1724.

¹¹ Excepción a esta situación la constituye la obra pionera e inestimable de Ernesto de la Torre

Los restantes manuscritos guadalupanos de Boturini se encuentran desde hace mucho tiempo, durante el cual han pasado prácticamente inadvertidos, en el Archivo Histórico de la Insigne y Nacional Basílica de Guadalupe. Sobreviven en buena medida gracias a la acción de Manuel Espinosa de los Monteros, canónigo de la antigua colegiata guadalupana, quien durante la primera mitad del siglo XIX, con enorme paciencia y erudición, reunió, ordenó y comentó algunos de los más antiguos y estimables papeles del archivo de esa iglesia. Entre ellos se encontraban justamente los escritos del Señor de la Torre y de Hono, a los que incluyó entre los documentos relevantes para la comprobación de la tradición de las apariciones de la virgen. El primero de estos textos es, aparentemente, lo que Boturini consiguió redactar de una primera versión de su historia, escrita también en latín, y titulada *Thaumaturgae Virginis de Tequatlanopeuh vulgo de Guadalupe Compendiaria Historia*, en 27 fojas, escrita muy probablemente durante los primeros años de la estancia del sabio en México. Por el momento no es posible explicar las razones del abandono de esta primera versión, cuyo contenido difiere grandemente del fragmento conservado de la *Margarita mexicana*, pero con certeza puede decirse que el anticuario comenzó a reunir materiales para una segunda, que sobreviven con el nombre de “Diez cuadernos de apuntes de Boturini”. Se trata de 197 folios escritos por completo en castellano, en los que abundan las tachaduras, arrepentimientos y notas marginales con referencias eruditas, divididos en apartados dedicados a contestar las más diversas cuestiones en torno a la historicidad del portento guadalupano. Probablemente su autor pensaba coordinar estos borradores para ajustarse al plan original expresado al principio del “Prólogo galeato” de su *Margarita mexicana*, y para su posterior traducción al latín.

Como puede verse, esta parte de la obra histórica de Lorenzo Boturini es amplia y casi totalmente desconocida. Es parte fundamental de mi proyecto de investigación la transcripción íntegra de estos textos de Boturini, con vistas a la realización de una edición crítica de los mismos; este trabajo debe incluir, por supuesto, la traducción de los redactados en latín, la confrontación del conjunto con sus obras ya conocidas, como la *Idea*, y la identificación de sus fuentes, todo lo cual ayudará a determinar la historia del proceso de investigación y composición de sus escritos guadalupanos. Como complemento a esta parte del trabajo, me propongo también averiguar el origen, peripecias y actual paradero de los documentos que don Lorenzo acumuló para la redacción de su historia.

La misión de Boturini

Como se sabe, Lorenzo Boturini arribó a México casi al mismo tiempo que sucedió la gran epidemia de matlazahuatl de 1736-1737, momento de

cisivo en la consolidación del culto guadalupano como uno de los rasgos dominantes de la identidad criolla novohispana. Fue en medio de la euforia guadalupanista que produjo la jura de la virgen como protectora de la ciudad de México en contra de la peste que el italiano se lanzó en la búsqueda de los más antiguos documentos de la tradición de las apariciones del Tepeyac, con vistas a escribir su historia. No fue, sin embargo, el único en albergar semejante propósito: al mismo tiempo que él, muchos intelectuales criollos, entre los que cabe señalar especialmente a Cayetano Cabrera y Quintero (ca. 1695-ca. 1775), buscaban dilucidar los fundamentos históricos de la mariofanía mexicana, no sólo en exaltación del culto cada vez más difundido, sino también en defensa del mismo en contra de manifestaciones de escepticismo que también se registraban en círculos letrados del virreinato.

En efecto, mi impresión es que hasta el momento no se ha valorado adecuadamente la trascendencia de la obra y la actividad de Boturini como historiador guadalupano en el contexto de efervescencia intelectual del México de la primera mitad del siglo XVIII.¹¹ Ese periodo se perfila cada vez con mayor claridad no sólo como preparación para una eclosión de innovaciones ideológicas en la segunda parte de la centuria, sino como una época de esplendor por propio derecho, en el que las tendencias de renovación venidas de España (simbolizadas por la obra del padre Feijoo) favorecen el surgimiento de una incipiente cultura ilustrada. Como parte del estudio que debe acompañar la edición de los escritos de Boturini, mi proyecto pretende reconstruir sus afanes y correrías guadalupanistas desde su llegada al virreinato hasta el momento del destierro, e incluso rastrear la continuación de los mismos durante los años finales de su vida, pasados en España, y de los que hasta ahora sólo se ha atendido su intensa y polémica labor como cronista de Indias.

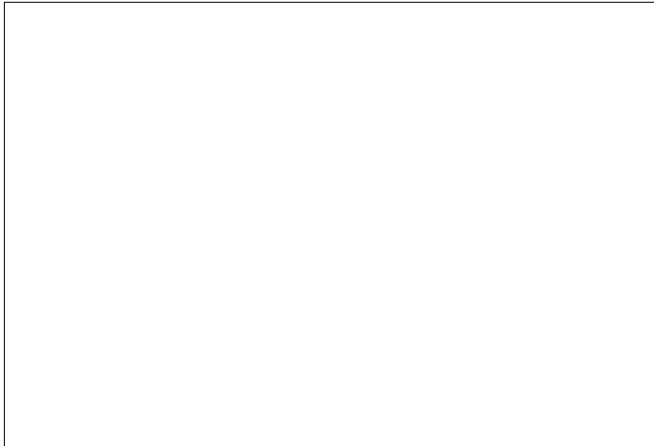
Ese interés me hará revisar libros y documentos manuscritos e impresos producidos por sus contemporáneos y partícipes en los mismos intereses, pero también me llevará necesariamente a descubrir la red de apoyos de todo tipo (intelectual, social, económico) en que se basó la labor del investigador italiano. Como lo han demostrado estudios recientes sobre su última estancia en España, la personalidad, buen trato y erudición de don Lorenzo le consiguieron en la corte de Madrid importantes auxilios intelectuales y políticos que le permitieron durante algún tiempo continuar dedicándose a sus trabajos de historia.¹² Se trataba de una habilidad que lo había acompañado desde su juventud en la corte imperial de Viena, y que en México debió poner en juego

Villar, a quien se deben enormes aportes no sólo en la historia del guadalupanismo (como sus *Testimonios históricos guadalupanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982), sino en el rescate de la cultura mexicana de la primera mitad del siglo XVIII, como su edición de la *Bibliotheca mexicana* de Juan José de Eguiara y Eguren (México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1986-1989).

¹² Por ejemplo, el capítulo dedicado a Boturini en el estudio de Jorge Cañizares-Esguerra, *How to write the History of the New World. Histories, epistemologies, and identities in the eighteenth century Atlantic*

para conseguir el patrocinio de importantes personajes civiles y eclesiásticos a su labor y para localizar y adquirir los documentos y noticias históricas que con el transcurso de los años se convertirían en su *Museo histórico*. Parte muy interesante de esta investigación será, por lo tanto, no sólo la determinación del interés (o el rechazo) que las búsquedas de Boturini suscitaron entre la intelectualidad criolla, sino también su impacto e influencia entre las elites y comunidades indígenas a las que acudió como depositarias de los tesoros que con más ansia buscara.

Todo ello quizá nos permita deshacernos finalmente de la imagen legendaria de Boturini como el solitario y esforzado buscador de papeles, que quizá él mismo fomentó en vida para atraerse simpatías en medio de las tribulaciones que lo acosaron. A cambio, estoy seguro, crecerá la figura del historiador y erudito innovador que, al romper con los moldes tradicionales de la hagiografía y la historia anticuarial barrocas, contribuyó a sentar las bases de una revolución metodológica en la historiografía novohispana. □



world, Stanford, Stanford University Press, 2001.

El Partido Revolucionario Institucional ante el reto político de las clases medias mexicanas (1964-1976)

Tiziana Bertaccini

La inclusión, o exclusión, de las clases medias en los regímenes autoritarios en proceso de modernización sigue siendo una problemática actual, y sólo parcialmente resuelta en algunos países. En el mundo no occidental, recordamos los casos egipcio, iraní e iraquí. Por ejemplo, el preocupante *revival* de los movimientos islámicos aumentó su peligrosidad a partir de los años setenta, cuando lograron ejercer un fuerte atractivo no sólo entre las clases bajas y los trabajadores sino también en un consistente núcleo de la clase media. En el área latinoamericana, el reto de los regímenes populistas y hoy en día neopopulistas se jugó, y se juega, en gran medida en la dialéctica entre gobierno y estamentos medios.

En los últimos años la historiografía contemporánea cumplió grandes pasos adelante, también en clave comparativa, acerca del nudo historiográfico “clases medias, autoritarismos y democracias” en los totalitarismos europeos, evidenciando el papel central de estos segmentos.

La relación entre regímenes autoritarios y clases medias parece entonces ser mucho más compleja e inexplorada de cómo hasta hoy en día se haya prospectado.

El caso mexicano resulta interesante no sólo para la historia nacional sino también en una perspectiva de investigación que en el futuro pueda llegar a seleccionar variables útiles a la formulación de modelos y métodos comparativos.

*

El proyecto que aquí presento parte de los resultados obtenidos en la investigación de doctorado sobre la incorporación de las clases medias mexicanas al Partido Revolucionario Institucional (PRI) entre 1943 y 1964, periodo en que se les agrupó bajo la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), central del Sector Popular de ese partido.

La importancia estratégica de las clases medias se había revelado de manera evidente en la contienda electoral de 1940, cuando se eligió al sucesor del presidente Lázaro Cárdenas. Gran parte de la clase media urbana, marginada por un partido identificado estrechamente con los sectores campesino y obrero como el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), había optado entonces por apoyar la oposición almazanista. A raíz de esa experiencia, una

de las principales metas del nuevo presidente, Manuel Ávila Camacho, fue la de integrar a las clases medias al partido, pues parecía evidente que la marginación de estos estratos conllevaba el peligro de la fragmentación política. El partido reconoció así la contribución de las clases medias al proceso de modernización del país, marcado por la urbanización acelerada y la reestructuración social derivada del crecimiento de estas mismas capas. Pero más allá de esto, importa acentuar el carácter de la redefinición de las clases medias emprendida entonces por el partido, cuando las nebulosas y contradictorias definiciones sociológicas y económicas previas quedaban abandonadas.¹ Ante todo se trató de una redefinición política, lo que explica que a las clases medias se les otorgara un canal de expresión en el Sector Popular y la CNOP. Con el nacimiento del Sector Popular, que congregó tanto a burócratas como a cooperativistas, pequeños propietarios, pequeños comerciantes, artesanos, profesionistas, intelectuales y grupos femeniles, juveniles y de no asalariados, la distancia entre las clases medias y la orientación revolucionaria socialista del partido quedó definitivamente acortada.²

Durante la presidencia de Manuel Ávila Camacho hubo ya un cambio de ideología que se afianzó con el gobierno de Miguel Alemán y la transformación del PRM en el PRI. Esto no debe ser entendido, sin embargo, como un simple viraje hacia la derecha, según supone la historiografía tradicional con su gastada teoría del péndulo. El abandono de las orientaciones socialistas ocurrió al parejo de la recuperación de la tradición liberal mexicana, con lo que el partido vino a ajustarse a las miras de esas clases medias, anteriormente insatisfechas en la representación de sus intereses.

La reconstrucción de una identidad precisa de los sectores medios tuvo así su inicio durante la época alemanista, gracias a una identificación estrecha entre los términos Sector Popular y clase media. La CNOP llegó a ser considerada un sinónimo de clase media. Se trataba, pues, de la reconfiguración de un partido cuyo centro era la clase media “política” a través de su sector: la CNOP.³

Aunque el Sector Popular mostraba bajo cierto punto de vista una identidad muy próxima al proletariado, el partido afirmó sin rodeos la mayor capacidad de las clases medias frente a los campesinos y obreros. Gracias a la recuperación de un pasado glorioso, como el de los liberales del siglo XIX, los ideólogos del PRI estuvieron en condiciones de asumir que la clase

¹ En realidad en la época cardenista ya había existido el llamado Sector Popular, aunque como una construcción ficticia y desprovista de una central en su interior. Respondía ante todo a la lógica de reagrupar la burocracia para completar la exigencia de hacer del PRM un frente popular.

² Los miembros fundadores del PRM (1938) reconocían la importancia estratégica de los sectores medios pero sentían una gran desconfianza ante ellos por su distanciamiento ideológico de la doctrina revolucionaria de tintes socialistas.

³ Muchas de sus reivindicaciones se reflejaban en la nueva ideología del PRI, especialmente a partir de los cambios de estatutos de 1950.

media era el grupo social de *mayor adelanto cultural, el nervio vital* de todos los movimientos sociales, al cual se entregaban los destinos de la patria y un papel fundamentalmente dirigente en el partido: “No fueron los hombres de la clase media los que fueron a la Independencia? No somos los hombres de la clase media los que hicieron posible la comunidad permanente y dinámica de la democracia?”⁴

En efecto, la investigación realizada para mi tesis de doctorado reveló una coincidencia estrecha entre la construcción de la identidad de las clases medias y la labor política de la CNOP, todo esto dentro de un marco que podrá ser calificado de evolutivo o involutivo pero que indudablemente mostró una gran flexibilidad del Partido Revolucionario Institucional. Nacida como central de respaldo del Ejecutivo Federal, la CNOP logró suscitar los cuadros necesarios para cubrir los cargos de elección popular: diputados y senadores, gobernadores y presidentes municipales

Entre los tres sectores pertenecientes al PRI, la CNOP funcionó como vínculo directo entre el partido y el gobierno, gracias a una relación privilegiada que siempre mantuvo con el Ejecutivo Federal: la CNOP era el órgano de gobierno adentro del partido: “La CNOP era el poder dentro del PRI que manejaban los presidentes de la república, los gobernadores y el presidente del PRI [...] era su arma, su arma poderosa con la que desestabilizaban o estabilizaban”.⁵ Como “órgano de gobierno”, la CNOP fue también un órgano oficial en las elecciones internas del partido: era el sector usado por el presidente para llevar al triunfo a sus candidatos. Esto explica que se le llegara a conocer como la *pista de aterrizaje del paracaidismo político*.

El sector daba, pues, garantías de estabilidad al ejecutivo, algo posible gracias a la circunstancia de que el secretario de la CNOP era también el del Sector Popular, y lo que es todavía más importante: su nombramiento lo debía al mismo presidente, previa consulta con el secretario de Gobernación y el presidente del PRI.

En las entidades federales, gracias a la estructura territorial desarrollada tanto en el partido como en la CNOP, se reproducía el mismo proceso que a nivel federal: el secretario de la CNOP estatal (que al mismo tiempo era secretario del Sector Popular en el Comité Estatal del PRI) normalmente era una persona de todas las confianzas del gobernador, de suerte que éste podía redistribuir cargos entre sus propios círculos de amistades. A propósito de esto último recordemos que los gobernadores, desde el principio de la reestructuración fundadora del PRI, apoyaron la creación de la nueva central del Sector Popular, organizada como una estructura ramificada en federaciones estatales.

⁴“Actividades de la CNOP”, *Tribuna de la CNOP*, 1 de julio de 1948, p. 21.

⁵ Entrevista con Jorge Eduardo Pascual (ex secretario particular de Alfonso Martínez Domínguez y ex secretario de la CNOP del Distrito Federal) registrada en la ciudad de México el 1 de octubre de 2001.

⁶“Las clases medias progresistas de México”, *CNOP. Criterio del Sector Popular*, octubre 1966, p.

A los gobernadores se dejaba por lo general cierta autonomía en la selección de los presidentes municipales y diputados locales, pero también es muy importante que la capacidad de control del centro sobre el legislativo garantizaba el funcionamiento del sistema. Esto explica lo crucial de la repartición de curules entre los tres sectores del partido. La CNOP obtuvo siempre la mayoría dentro del Senado y poco a poco se ganó también la de la cámara. De esta forma el PRI podía controlar el legislativo y ponerlo en una estrecha comunicación con el ejecutivo.

La función política de la CNOP estuvo respaldada por el papel social de sus organizaciones. Se trataba de una relación de reciprocidad entre la CNOP, las organizaciones militantes y el gobierno. Su estructura permitió la actuación de mecanismos redistributivos populistas, distintos de la clásica relación directa entre el presidente y las masas, típica de otras experiencias latinoamericanas.

De todo lo anterior, cabe concluir que la CNOP proporcionó un seguro mecanismo de sucesión de la *leadership* en todos los niveles y contribuyó así significativamente a la estabilidad del sistema. Su estudio es decisivo para entender la fusión entre partido y Estado durante el régimen priista.

*

A partir de este cuadro se deduce la necesidad de profundizar en los acontecimientos de los sexenios de los presidentes Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría, con particular atención en aquellas tensiones surgidas en el interior del partido, sobre todo a las que impelieron a su transformación. De una misma manera importa estudiar la dialéctica entre las clases medias integradas al PRI (CNOP) y las iniciadoras del inquietante debate político e intelectual que desembocó en los hechos del 68.

Una interpretación común es que desde los años sesenta las clases medias empezaron a sentirse afectadas por el diseño económico y político que buscaba satisfacer las exigencias sociales de los obreros y campesinos, algo que condujo al estancamiento de la CNOP y su transformación en un engranaje burocrático destinado a puras funciones electorales. En realidad fue desde el principio de esa década de los sesenta cuando la función social y política del Sector Popular se volvió más eficiente.

Con la gestión de Alfonso Martínez Domínguez (1961-1964) la CNOP vivió una etapa de gran expansión. Durante el Consejo Nacional de la CNOP de 1961 este líder propuso convertir la central en una organización más militante y poderosa en el seno del PRI. También durante el mando de Martínez Domínguez fue ampliado el comité ejecutivo de la central y se crearon nuevos órganos de trabajo; los delegados llegaron a ser permanentes y las organizaciones aumentaron de número. Hacia 1965 se habían integrado cinco nuevos grupos: colonos urbanos e inquilinos, transportistas, empleados de las instituciones

de crédito, organizaciones auxiliares, patronatos y empresas descentralizadas, así como trabajadores de la seguridad social y maestros.

Al final del sexenio de Adolfo López Mateos y durante la campaña electoral de Díaz Ordaz destacó el apoyo y el entusiasmo de las organizaciones pertenecientes a la CNOP. Precisamente en las clases medias se veía el agente estabilizador de la vida política y social. En un discurso leído en 1966 Díaz Ordaz declaraba:

Nuestra clase media es estabilizadora de la vida política y social de la nación, si en otras latitudes es fuente de trastornos, alimento de pasiones insanas y está aprisionada entre extremos que reducen su evolución y debilitan su economía, en México constantemente crece, participa más activamente en la dirección del país, se difunde, ensancha y permanece inmune a los sembradores de la exasperación.⁶

A partir de los años sesenta se dio un gran impulso a las actividades sociales de la CNOP; a la mitad del decenio había crecido su presencia en las colonias proletarias, donde la central desarrollaba además una función de mediación en los frecuentes conflictos. Para citar un ejemplo: en 1965 la CNOP logró reformar el artículo 1 de la Ley de Cámaras de Comercio, que concedía personalidad jurídica a las uniones de locatarios y ambulantes, organizándolos en una *rama* de las más importantes del sector. Por tanto, en los primeros años del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz parecía funcionar perfectamente la relación de mediación entre las organizaciones de la CNOP y las autoridades estatales, que permitía el mantenimiento de los consensos y la redistribución de tipo clientelar-populista.

De esta manera un primer objetivo del presente proyecto de investigación es replantear las hipótesis formuladas por algunos estudiosos que argumentan una indiferencia del PRI frente a la necesidad de una política y un plan de acción destinados a organizar orgánicamente la participación de las nuevas clases medias. Ya en 1963, durante la primera reunión de programación del PRI, se afrontó el problema de la participación de las clases medias en el programa de desarrollo nacional. Desde aquel entonces el partido se mostró consciente de la importancia del sector de los servicios, representado principalmente por las clases medias. Otra característica importante de la CNOP fue su específica y creciente atención a la juventud, como se constató en el III Congreso de la Juventud de la CNOP (1964) y en el VII Congreso de la Juventud Revolucionaria del 6-7 de noviembre de 1965.

*

15-16.

⁷ En la legislatura de 1967-1970 logró 85 curules frente a 34 del sector obrero y 37 del campesino.

La historiografía sobre el sexenio 1964-1970 se ha limitado a destacar las prácticas y símbolos del autoritarismo presidencial. De esta manera han quedado ocultas aquellas estrategias reformistas y modernizadoras (aunque personalistas) que caracterizaron sus primeros años (1964-1967) y que claramente se orientaron a una consolidación del Ejecutivo Federal frente a los nuevos cacicazgos estatales, beneficiados en los años previos al creciente monto de las transferencias desde el centro. Por otra parte, y también como respuesta al nacimiento de movimientos cívicos en las “periferias” del sistema, así como al auge, crisis y diáspora de las fuerzas reunidas en el movimiento de liberación nacional y más genéricamente en la “nueva izquierda”, el partido intentó, con el apoyo del ejecutivo federal, una reestructuración profunda que rompería el poder territorial de los ejecutivos locales, tal como lo ejercían a través de los comités estatales del partido. También se buscaba la introducción de mecanismos de filiación individual destinados a reducir la fuerza de los sectores.

Por tanto, un segundo objetivo es investigar este frustrado intento, realizado durante la presidencia del PRI de Carlos Madrazo (diciembre 1964-noviembre 1965), la cual generó grandes tensiones dentro del partido. Se precisarán las causas y consecuencias de los enfrentamientos entre la presidencia del PRI y el bloque contrario a este proyecto reformista que conjugó las fuerzas de los gobernadores, de la CNOP y del líder en la cámara, Alfonso Martínez Domínguez.

*

La CTM y la CNC fueron las únicas agrupaciones que dieron su respaldo a Madrazo, al contrario de la CNOP, dirigida entonces por Reinaldo Guzmán Orozco, que jamás lo hizo. En la CNOP se expresaron dos conflictos relacionados con las reformas madracistas:

1. La propuesta de Alfonso Martínez Domínguez (dirigente de la CNOP hasta 1964 y líder de la diputación priista) sobre la reelección de diputados, algo que promovió al comenzar el gobierno de Díaz Ordaz.
2. El enfrentamiento del mismo Martínez Domínguez con la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado (FSTSE), una organización incluida en la misma CNOP y dirigida por Antonio Bernal, quien amenazó con separarse de la central y formar un sector burocrático independiente cuando advirtió que no se le concedía la suficiente influencia en la postulación de candidatos.

La dinámica de estos conflictos, que pudieran estar relacionados con los procedimientos internos del partido y haber causado una disminución del control de las centrales sobre las candidaturas, incrementó incuestionablemente la rivalidad entre dichas centrales.

Más allá del interés respecto de las razones, alcances y fracasos de lo que ha sido considerado uno de los últimos intentos de reforma del PRI, al menos hasta los ochenta, el estudio de esta coyuntura arrojará luz sobre la transformación de la CNOP de sector dinámico e incorporador de los intereses de las clases medias en baluarte de mecanismos verticales de cooptación política. En este sentido podría ser la responsable del progresivo alejamiento de una parte de los sectores medios y de su incipiente radicalización, como se volverá evidente en los movimientos populares y estudiantiles ocurridos en México desde 1968. Al exterior del partido, el movimiento del 68 marcó una ruptura con una parte de las clases medias que repercutió en el instituto político. Mientras tanto, la CNOP lograba desde la legislatura de 1967-1970 la mayoría absoluta de las curules en la Cámara de Diputados, además de la que siempre tuvo en el Senado.⁷

*

Falso sería decir que el PRI ignoró el problema de su alejamiento de las clases medias; por el contrario, no dejó de demostrar su preocupación y, una vez más, su flexibilidad para afrontar el problema. El tema de las clases medias no fue olvidado en los reformados estatutos, declaraciones de principios y programa de acción de 1972.

El capítulo IX de la declaración de estos principios, dedicado específicamente a las clases medias, expresa la nueva realidad y el peligro que éstas representan:

El potencial revolucionario de las clases medias ha sido subestimado en el pasado. Queremos contar con ese potencial para realizar las tareas que nos corresponden. La función de las clases medias como estabilizadoras del orden, sea cual fuere el significado de éste, es en nuestros días anacrónica. Las clases medias poseen, en su mayoría, un profundo sentido transformador que debe ser orientado hacia finalidades netamente revolucionarias y evitar tendencias que buscan restaurar situaciones del pasado o instaurar regímenes totalitarios.

En el mismo capítulo se reconocía que el desarrollo de un país fomenta actividades terciarias reduciendo las primarias y secundarias, hecho que engruesa a las clases medias.

Durante el sexenio de Echeverría siguió manteniendo dicha mayoría: en la legislatura de 1970-1973 ganó 72 curules, mientras 24 fueron del sector obrero y 41 del campesino; en la legislatura de 1973-1976 la cuota subió a 83, mientras permanecían casi inalteradas las curules de los otros sectores (27 del obrero y 42 del campesino).

Los problemas de estas clases quedaron divididos en dos tipos: el fenómeno de las capas medias definidas como tradicionales y debilitadas ahora por el proceso del desarrollo económico, y el de las nuevas capas de clase media “emergente”, que por su naturaleza tendía a fortalecerse y ampliarse.

Respecto de las primeras el partido las identificaba con los jubilados, que veían reducirse el poder adquisitivo de sus pensiones; con los modestos rentistas que por el propio desarrollo económico veían menguados sus recursos; con los pequeños inversionistas que veían afectados sus ingresos por el gran inversionista o por la subordinación del desarrollo a las necesidades del sector financiero del país; con los comerciantes al menudeo desplazados por los sistemas modernos de comercialización; con los sencillos industriales y artesanos que tendían a ser eliminados por la gran industria; con los profesionistas en carreras repletas que se inquietaban ante la proletarización de sus profesiones; con los profesores e investigadores en ramas tradicionales que no percibían la utilidad de sus conocimientos; con los modestos propietarios agrícolas que contribuían al éxodo rural; con los empleados no organizados sindicalmente a quienes el aumento de los precios reducía ininterrumpidamente su poder adquisitivo.

Las nuevas capas de las clases medias eran las que resultaban del desarrollo económico: técnicos y profesionales altamente calificados y ocupados en las nuevas actividades económicas; empleados del sector privado altamente calificados o con gran experiencia práctica; administradores de las nuevas ramas o de las tradicionales remozadas que se localizaban principalmente en las ciudades, cuyo origen eran las clases medias antiguas o el proletariado industrial. El grueso de las clases medias frecuentemente carecía de encuadramiento político y reaccionaba negativamente frente al hecho de ser causantes cautivos, además de sentirse indefenso ante el fisco. En el contexto del nuevo cuadro económico y social resultante del “desarrollo estabilizador”, el reto del partido era ganarse a clases medias emergentes que carecían de organización adecuada.

La política de integrar a las clases medias dentro de la CNOP, practicada en la época de Ávila Camacho y Alemán y efectiva quizá hasta los primeros años de Díaz Ordaz, necesitaba una revisión urgente.

Importa así recalcar cómo el PRI supo enfrentar, otra vez, la nueva marginalización de los sectores medios, situación que hace recordar la de los años cuarenta, cuando gracias a la creación de la CNOP se pudo evitar una peligrosa fragmentación política. El discurso retórico oficial durante el Primer Encuentro Nacional sobre las Clases Medias Mexicanas, organizado por la CNOP en 1975, volvió a proponer la misma identidad histórica a las clases medias enraizada en el pasado liberal del XIX: “la historia de nuestro país es elemental para comprender a las clases medias mexicanas, pues aun las nuevas o emergentes se desprenden de un núcleo histórico. Recordamos quiénes ini-

cian la lucha por la independencia”. Al mismo tiempo se reconoció superado el concepto de clase: “Otros se olvidan de lo equivocante [sic] que a veces resulta el concepto de clase y más cuando se aplica a grupos tan heterogéneos como los que constituyen las clases medias. De aquí la necesidad de nunca olvidar el plural y hablar de clases medias y no de clase media”.

Lo que quedaba muy claro era el peligro que representaban estas capas, que crecían y se fortalecían por la estabilidad del régimen:

Uno de los principales problemas de estas emergentes clases medias es que carecen de organización adecuada para defender sus intereses [...]. Resulta fácil exasperar a las clases medias [...]. El nuevo fascismo intenta sembrar en estos estratos de las clases medias ideas excitantes, movilizarlas reaccionariamente [...]. Se les quiere distanciar de las clases trabajadoras esbozando un falso panorama [...]. Si convencemos a las clases medias de que sus intereses forman parte de los intereses revolucionarios nacionales, ampliaremos la vía revolucionaria de México y nuestra capacidad transformadora.

El problema político fundamental era individuado en el cuestionamiento de si se podía contar con las clases medias para realizar cambios o transformaciones que, a la larga, las beneficiarían, aunque temporalmente podían afectarlas: “Pensamos que para disponer de una favorable correlación de fuerzas es indispensable contar con las clases medias”. Jesús Reyes Heróles, presidente del PRI, reconoció que la tarea de involucrar a las clases medias era complicada y ardua, y que en caso de fracaso el país quedaría expuesto a acciones contrarrevolucionarias. De manera que, según Francisco López Cámara, Echeverría logró con éxito acallar el malestar de las clases medias e incorporar muchas de estas capas al partido, ofreciéndoles también el acceso a los cargos del gobierno.

Por consiguiente, como tercer objetivo, se investigará y profundizará en las estrategias, los resultados y las consecuencias de la incorporación de los nuevos grupos medios, relacionando el fenómeno con la posible fractura dentro del sistema e intentando aclarar los cambios ocurridos en el PRI, principalmente en su relación con el ejecutivo. Según muchos testimonios, en los años setenta empezó la larga debacle del sistema político priista como consecuencia de un rompimiento entre el gobierno y el partido en tanto que formador de presidentes, gobernadores, senadores y diputados. Precisamente en coincidencia con la expansión de la CNOP en el legislativo cambió el mecanismo de sucesión en la *leadership*: las carreras políticas que antes se desarrollaban en el PRI dejaron el lugar a las de hombres que sabían poco o nada del partido al cual teóricamente pertenecían. Así empezaron a ser electas personas carentes de experiencia electoral y que habían ocupado sólo cargos burocráticos o administrativos. □

○ EVENTOS ACADÉMICOS

Jornadas Académicas 2006

Del 23 de enero al 1o. de febrero se llevaron a cabo las primeras Jornadas Académicas del Instituto de Investigaciones Históricas. Con 47 académicos que presentaron 46 ponencias, las Jornadas cumplieron sus objetivos al lograr la comunicación de los miembros de la comunidad académica del instituto, pues en las diversas participaciones se expusieron las diferentes posturas, las líneas de investigación, así como las propuestas teóricas en la investigación que se realiza en esta casa universitaria. La gran diversidad temática trabajada por la comunidad de Históricas es una muestra de la riqueza y el potencial de investigación.

A continuación se presenta el programa de actividades.

Berenice Alcántara Rojas, Cantos y bailes en transformación. Los *Cantares mexicanos* y la *Psalmodia christiana* de Sahagún.

Felipe Ávila Espinosa, Los conflictos internos en el zapatismo.

Fernando Betancourt, Epistemología y saber histórico.

Ernesto de la Torre y Alonso González Cano, Catálogo de escritores de historia.

Johanna Broda, Las ofrendas mesoamericanas en una perspectiva comparativa.

Felipe Castro Gutiérrez, “El tesoro del rey y los cuarenta ladrones”.

Alfredo Ávila, El orden republicano: radicalismo en México en la década de 1820.

Katia Margarita Cortés, Religiosidad popular e iconografía.

Víctor M. Castillo Farreras, Los conceptos nahuas en su formación social.

Francisco Iván Escamilla, Transcripción, traducción y estudio de los fragmentos de historia guadalupana de Lorenzo Boturini.

Tiziana Bertaccini, Clases medias y Partido Revolucionario Institucional.

Rodrigo Díaz Maldonado, La Historia encontrada, reconstruida o inventada. Estudio en torno al significado del discurso histórico.

María José García Quintana, *Tehuilli tlazolli: ¿pecado sexual?*

Teresa Lozano Armendares, Espacios de convivencia en la ciudad de México.

José Enrique Covarrubias, Niceto de Zamacois como representante tardío de la historiografía ilustrada en México.

Patrick Johansson, La muerte en el mundo náhuatl precolombino: avances de investigación.

Pilar Martínez López-Cano, Reflexiones en torno al comercio y los comerciantes en el siglo XVI.

Amaya Garritz, Los vascos en las regiones de México. Siglos XVI al XX.

Rosalba Cruz Soto, Algunas consideraciones para historiar: las publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX.

Pilar Máynez, El registro de las ten-

guas indígenas en la Nueva España del siglo XVI. Una sinopsis.

Alicia Mayer, La reforma católica en Nueva España: imágenes, valores sociales y religiosidad en el México colonial.

Ana Carolina Ibarra, Fiestas patrióticas, sermones ilustrados y ambientes subversivos: las catedrales de la Nueva España ante la crisis de la monarquía (1808-1810).

Cristina Carbó, Fe de erratas.

Ivonne Mijares Ramírez, Perfil de la sociedad novohispana en la ciudad de México en el siglo XVI.

Leonor Ludlow Wiechers, Los proyectos bancarios del siglo XIX.

Sergio Miranda, La ciudad de México y su urbanización. Itinerario historiográfico de una investigación.

Enrique Plasencia de la Parra, La política de masas y los desfiles militares, 1920-1935.

Miguel León-Portilla, José Rubén Romero y Pilar Máñez, Paleografía y traducción del *Códice florentino*.

Federico Navarrete Linares, Cambio cultural e identidad étnica entre los pueblos indígenas después de la conquista.

Rosa Camelo, La virgen del Pilar: antecedentes de la Guadalupana.

Patricia Osante, Poblar el septentrión, I, II y III (1742-1783).

Guilhem Olivier, El simbolismo de las cenizas en el México antiguo.

Javier Sanchiz Ruiz, Familia y comercio en Veracruz, 1750-1825. Reconstrucción documental de Villar de Cañas a través de su página web.

Jorge E. Traslosheros, La justicia eclesiástica y los indios en el Arzobispado de

México, 1528-1750.

Elisa Speckman, La justicia en la ley y la ley en la justicia (Distrito Federal, 1871-1931).

Miguel Pastrana Flores, Consideraciones sobre la "Segunda relación de la Conquista" de Sahagún.

Juan Domingo Vidargas del Moral, La difícil formación de un circuito mercantil marítimo. El golfo de California y el noroeste novohispano.

Marcela Terrazas y Basante, Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos: una aproximación a la producción historiográfica reciente y un recuento para la difusión.

José Rubén Romero, Los contextos de la crónica dominica.

Carmen Yuste, La percepción del comercio transpacífico y el giro asiático en el pensamiento económico español del siglo XVIII.

Silvestre Villegas, Políticas comerciales y relaciones diplomáticas durante el gobierno de Manuel González, 1880-1884.

Javier Manríquez, La palabra obsesiva: Ramón López Velarde.

Salvador Reyes Equiguas, El árbol, símbolo sagrado en Mesoamérica.

Gisela von Wobeser, Cielo, infierno y purgatorio. La concepción del más allá en Nueva España. Siglos XVI al XVIII.

Carmen Vázquez Mantecón, Las reliquias y sus héroes.

Álvaro Matute y Evelia Trejo, Diccionario de escritores mexicanos del siglo XX. Primera etapa. □

El pasado día de febrero se celebró un homenaje al doctor Miguel León-Portilla, con motivo de la celebración de sus ochenta años de vida, que coincidieron con el quincuagésimo aniversario de la aparición de su obra *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*. En dicho homenaje diversos miembros de la comunidad universitaria dieron voz a su sentir sobre el notable universitario.

Participaron el rector Juan Ramón de la Fuente; la coordinadora de Humanidades, Mari Carmen Serra Puche; la directora del Instituto, Alicia Mayer; los investigadores eméritos del instituto Josefina Muriel y Álvaro Matute, y varios investigadores notables: Mercedes de la Garza, Pilar Máynez, José Rubén Romero, Alfredo López Austin, Xavier Noguez, Librado Silva y Farl Shorris. Más allá de la formalidad y el protocolo, el evento fue profundamente emotivo: los participantes crearon con sus palabras una atmósfera de celebración y reflexión. Con toda seguridad, el doctor se sintió acompañado por amigos y colegas.

En esta ocasión es imposible hacer referencia puntual a cada una de las valiosas intervenciones de los participantes. Prefiero sintetizarlas y reflexionar en torno a su contenido. En principio, el hecho mismo de llegar lozano a ocho décadas de existencia ya es de por sí digno de admiración. Por supuesto que el propio León-Portilla dedicó palabras a su edad, reconociendo que permanecer activo es garantía de salud, condición indispensable para alcanzar la tenacidad. Esta labor cotidiana sin reparo derivó en una vasta

obra del constructo *Historiaciones*. Hoy un universo de libros, artículos y conferencias, dispuesto para cualquier tipo de lector, desde el especialista hasta el escolar de niveles básicos.

La descripción que Alicia Mayer hizo de esta obra es sorprendente. En la intimidad de su escritorio, tintas y soportes fueron testigos de este ejercicio sin descanso, ese que es propio del pensador, que individualmente reflexiona sobre lo que en particular le inquieta, que en el caso de León-Portilla es difícil precisar, dada la diversidad de temáticas que han llamado su atención. Pues bien, esta experiencia individual se proyectó al espacio que lo cobijó como su casa académica desde su juventud, la Universidad. Sin condición, siempre se ha asumido como universitario. Institucionalmente se debe a la Universidad, y en una dinámica de retroalimentación, la institución también debe parte de su contrucción a este notable personaje. Así lo asentaron Josefina Muriel y Juan Ramón de la Fuente. La investigadora emérita al destacar la creación de un reglamento para Históricas, y el rector para precisar que las instituciones se deben al esfuerzo de los individuos que la conforman y, entre los destacados, León-Portilla es uno de ellos. Cabe aquí mencionar que León-Portilla fue determinante en el nacimiento del Instituto de Investigaciones Antropológicas y de otras instituciones académicas dentro y fuera de la Universidad.

Al escuchar detenidamente las intervenciones de quienes en algún mo-

mento fueron sus discípulos y ahora son miembros protagónicos de la comunidad universitaria, podemos decir que el saldo de su ejercicio docente es positivo, con creces. Su persona es eslabón distinguido en la cadena de generaciones de prehispanistas formados en el Seminario de Cultura Náhuatl. Practicante natural de los refranes y las máximas, reconoció con humildad que “el alumno superó al maestro” en alusión a la obra de Alfredo López Austin. Devenir interminable, por supuesto recordó a su mentor Ángel María Garibay, con quien inició la aventura de crear el Seminario de Cultura Náhuatl y dar voz impresa a los trabajos de este seminario en *Estudios de Cultura Náhuatl*. Otras palabras se vertieron sobre la apertura de su pensamiento, sobre lo revolucionario de sus propuestas —sobre todo las contenidas en *La filosofía náhuatl*. Hoy lo reconocemos como un mexicano universal, protagonista del oficio histórico y protagonista de la historia del México moderno. Por esto,

considero que “Vivir la historia” es una frase con varios sentidos cuando se aplica a la persona de don Miguel. Es experiencia y es oficio. Experiencia por los testimonios de su propia vida, que ha corrido a la par de acontecimientos trascendentes de la historia de México, desde el final de la Revolución hasta la imperante globalización. El oficio de historiador lo ha abordado de varias maneras: editando fuentes, traduciendo textos, escudriñando teóricamente sobre la vida intelectual de los antiguos nahuas y, por supuesto, transmitiendo su conocimiento en la labor docente. Su obra ha contribuido a la construcción de la imagen del pasado y del presente de los pueblos originarios de estas tierras.

Celebremos la generosidad de sus enseñanzas y, en su espejo, asumamos nuestro compromiso con la historia, la que es disciplina y la que se construye cotidianamente. ◻

Una vida, muchas historias. Homenaje al doctor Ernesto de la Torre Villar, investigador emérito

El pasado 24 de abril se llevó a cabo, en el Salón de Actos del Instituto de Investigaciones Históricas, una ceremonia en honor de Ernesto de la Torre Villar. Una vida, muchas historia. Homenaje al doctor Ernesto de la Torre Villar se realizó para festejar el aniversario 89 del destacado investigador emérito y 61 años de su magisterio universitario.

Presidieron esta ceremonia Mari Carmen Serra Puche, coordinadora de Humanidades; Alicia Mayer, directora del Instituto de Investigaciones Históricas; Josefina Muriel, Miguel León-Portilla y Álvaro Matute, investigadores eméritos de este instituto; Vicente Quirarte, director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, así como Andrea Sánchez Quintanar, profesora de la Facultad de Filosofía y Letras.

Los participantes abordaron diversos aspectos de la vida, la obra y el pensamiento de don Ernesto de la Torre. Se destacó la trayectoria en investigación en historia, derecho, archivística, biblioteología e historia del libro en México, temas todos en los que ha hecho importantes aportaciones. Mari Carmen Serra Puche resaltó su labor, en diversas instituciones que tienen bajo su custodia documentos, como director (el Archivo Histórico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público y la Biblioteca Nacional de México), subdirector (del Archivo General de la Nación) y secretario (Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia de la UNESCO). Fue un promotor del intercam-

bio de información y experiencias entre archivos nacionales y extranjeros.

La directora del instituto, por su parte, habló de don Ernesto como “investigador destacado, universitario de corazón, formador de varias generaciones de historiadores y también un hombre cabal, un luchador constante, un ser comprometido con la vida, la familia, los amigos, los alumnos y los colegas”.

Los investigadores eméritos hablaron de lo valioso de la convivencia con don Ernesto. Josefina Muriel comentó que “Sus estudios e investigaciones no lo separaron de su condición de maestro y compañero de investigadores, porque lo ha sido de todos los que compartimos la vida en el instituto”. Por su parte, Miguel León-Portilla se refirió a que “ha sido un hombre que une, acerca, busca la comprensión. Es un puente, un puente que ha centrado distintos lugares para unirlos con otros. Tenemos en él algo que es muy valioso: si somos historiadores, si queremos ser historiadores, lo que más debe importarnos es acercarnos a un pasado que vibre, perdure y se acerque a nosotros, eso es Ernesto”. Haciendo énfasis en su obra, que calificó de amplia y variada, Álvaro Matute comentó que De la Torre “nos insta a actuar con conciencia del pasado, ya que ‘de la historia nosotros aprendemos a ser la sociedad humana”.

Vicente Quirarte se refirió a Ernesto de la Torre como un sabio: “Lo es tanto de modo sustantivo como adjetivo, pues no todos los hombres cultivados son sabios ni todos los sabios merecen ser

llamados hombres”. Asimismo subrayó su labor como profesor: “Dos son las principales categorías de alumnos que tiene don Ernesto: los que él ha formado en el aula y aquellos que se han convertido en su familia alterna a través de viajes y conversaciones, operaciones del espíritu que sólo puede llevar a cabo quien encuentra la felicidad no sólo en pensar sino en enseñar a pensar”.

Finalmente, Andrea Sánchez Quintanar destacó las cualidades humanas e intelectuales del maestro De la Torre: “Él ama, es un hombre que siente profundo

amor por los demás, sabe donarlo, hacerlo sentir y también sabe recibirlo. Es un hombre que sabe despertar el entusiasmo por la historia, por la bibliografía, el cariño por los libros”.

Este homenaje se suma al realizado por la Facultad de Filosofía y Letras, el Instituto de Investigaciones Históricas y el Instituto de Investigaciones Bibliográficas. *De la vida y trabajos. Homenaje al doctor Ernesto de la Torre Villar* es una obra que reúne los trabajos presentados en aquella ocasión. ▣

○ NOTICIAS

PREMIOS Y DISTINCIONES

El doctor Miguel León-Portilla recibió el Premio Chiapas 2005 el 13 de enero de 2006, otorgado por el Gobierno de Chiapas con el propósito de reconocer la labor de creadores e investigadores que contribuyen con sus trabajos a enaltecer el valor de la cultura chiapaneca.

Patrick Johansson obtuvo la Cátedra de Estudios Mexicanos Alfonso Reyes en enero de 2006, otorgada por el Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, París III, Sorbonne Nouvelle.

La Latin American Studies Association de Puerto Rico concedió la distinción Kalman Silvert a Miguel León-Portilla, por su contribución al estudio de la cultura náhuatl. La ceremonia de entrega se llevó a cabo el 15 de marzo de 2006.

En la entrega de reconocimientos 2006 del Comité Mexicano de Ciencias Históricas tres investigadores del instituto obtuvieron mención honorífica: Guilhem Olivier y Michel Graulich, por mejor artículo prehispánico, por “¿Deidades insaciables? La comida de los dioses en el México antiguo” (*Estudios de Cultura Náhuatl*, n. 34, 2004); Patricia Osante, por mejor artículo de tema novohispano

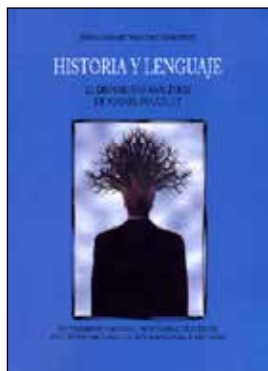
(*Estudios de Historia Novohispana*, n. 30, 2004), y Felipe Castro por mejor reseña de tema novohispano a Laura Caso Barrera, *Caminos en la selva. Migración, comercio y resistencia. Mayas, yucatecos e itzaes, siglos XVII-XIX* (*Historia Mexicana*, v. LIV, n. 2, enero-junio 2004), y por reseña siglo XIX a Silvia M. Arrom y Servando Ortoll, *Revuelta en las ciudades. Políticas populares en América Latina*, publicada en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, n. 28, enero-junio 2004.

A otros trabajos de publicaciones periódicas del instituto también se les otorgaron reconocimientos. *Estudios de Cultura Náhuatl*, n. 34, 2004, recibió una mención honorífica más en la categoría de artículo de tema prehispánico para “Barriendo en lo ya barrido. Un nuevo repaso a Ochpaniztli”, de Luis Alfonso Grave Tirado. Asimismo *Históricas*, n. 59, septiembre-diciembre de 2004, recibió una mención honorífica por artículo de historiografía “Atando cabos en la historiografía del siglo XX sobre Miguel Hidalgo”, de Marta Terán; y, el n. 58, mayo-agosto de 2004, por reseña de historiografía de *Vivir en el siglo XX. Eric Hobsbawm. Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, de Anna Ribera Carbó. □

○ PUBLICACIONES

NOVEDADES EDITORIALES

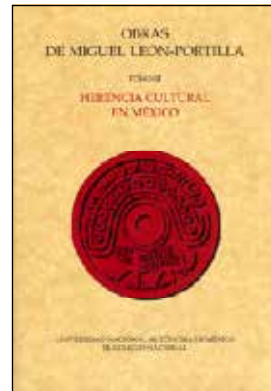
LIBROS



Fernando Betancourt Martínez, *Historia y lenguaje. El dispositivo analítico de Michel Foucault*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006.

Se ha sostenido durante algún tiempo que en las primeras obras de Michel Foucault, particularmente en *Las palabras y las cosas*, pero también en otras reconocidas bajo la estela de la “arqueología”, se encuentra una postura contraria a la historia. Mucho se ha discutido al respecto, sobre todo si el estructuralismo foucaultiano y las ideas “antihumanistas”, que cobran forma como una crítica cultural a la modernidad son las fuentes de tal rechazo. Este libro intenta presentar una visión distinta al indagar de qué manera, por qué medios reflexivos, el Foucault arqueólogo sostiene, al contrario de lo que se piensa, la necesidad de una historización radical. Destaca, en esta labor, el papel que tienen el lenguaje y la literatura en los trabajos foucaultianos en cuanto al surgimiento de los saberes modernos, pues las palabras constituyen la base de sustentación del conocimiento sobre el mundo y sobre nosotros mismos. Con ello Foucault se conecta con el horizonte reflexivo actual que analiza los lenguajes propios de las ciencias como una forma de delimitar sus fronteras, más allá del marco epistemológico desde el cual surgieron. Es con el problema del lenguaje con lo que este intelectual francés propuso una nueva forma de relación entre filosofía e historia, entendida como confluencia en el terreno siempre problemático de la actualidad.

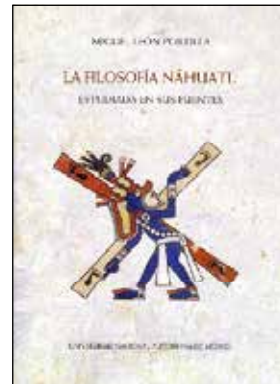
Obras de Miguel León-Portilla. Tomo III. Herencia cultural en México, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional, 2006.



Comprende este tercer tomo de las *Obras* de Miguel León-Portilla un conjunto de ensayos en torno a la rica herencia cultural de México. Ofrece ella sustento a su identidad, siempre en proceso de recreación. Múltiple y muy variada es esta herencia de cultura ya que abarca, desde su raíz, su historia y a la vez su ser geográfico. La creatividad de cuantos han vivido en el país es valorada en aspectos muy diferentes: la astronomía, las humanidades y la palabra indígena, la cartografía, la minería, la metalurgia, la agricultura y cuanto se refiere a la alimentación.

REEDICIONES

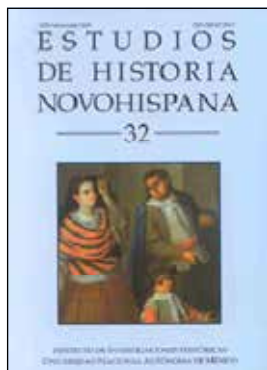
Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 10a. edición, con un nuevo apéndice, prólogo de Ángel María Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2006 (Serie Cultura Náhuatl. Monografías 10). [Edición: pasta dura y rústica.]



Cincuenta años se cumplen de la aparición, en 1956, de *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*. Bien lo anticipó en su prólogo Ángel María Garibay K.: “Un hecho es indudable. Este libro no caerá en el olvido”.

Diez ediciones tiene en español y otras en inglés, ruso, alemán, francés y checo. Su tesis central sigue siendo tomada en cuenta: en el México prehispánico —como lo muestran los textos en náhuatl aquí analizados— hubo quienes se plantearon preguntas como éstas: ¿podemos decir palabras verdaderas en la tierra?, ¿qué hay después de la muerte?, ¿qué es el tiempo?, ¿qué sabemos de la divinidad?, ¿somos acaso libres? y ¿qué es lo bueno y lo malo?

Al igual que el arte de Mesoamérica provoca grande admiración, lo que conocemos de su literatura y pensamiento aviva el aprecio hacia los indígenas, antiguos y de hoy, creadores y mantenedores de un universo de cultura.



Estudios de Historia Novohispana, 32, enero-junio, 2005.

Sumario

Artículos

Presencia portuguesa en México colonial, *Miguel León-Portilla*

El imperio español como espacio de intersecciones: algunas consideraciones sobre los mestizajes culturales y “lo político” en el México del siglo XVIII, *Naoki Yasumura*

Documentaria

La familia Monterde y Antillón en Nueva España. Reconstrucción genealógica (primera parte), *Javier Sanchiz y José Ignacio Conde Díaz Rubín†*

Reseñas

Carlos Carrillo Ojeda, M. J., *Presencia de San José de México y en la Congregación de Misiones de San José* (Ernesto de la Torre Villar)

Christopher Domínguez Michael, *Vida de fray Servando* (Ernesto de la Torre Villar)

Miguel Luque Talaván, *Un universo de opiniones. La literatura jurídica indiana* (María del Pilar Martínez López-Cano)

María del Pilar Martínez López-Cano, Elisa Speckman Guerra y Gisela von Wobeser (coordinadoras), *La Iglesia y sus bienes: de la amortización a la nacionalización* (Jorge E. Traslosheros) □

El Hombre se forja del pasado la visión que necesita en y para sus circunstancias, y esa función vital que cada época encomienda a sus historiadores representativos trasciende infinitamente el falso problema (falso porque desborda las limitaciones del poder humano) de la verdad absoluta o sea de pretensiones de validez universal para todo hombre en todo tiempo y en todo lugar.

EDMUNDO O'GORMAN

